



'La Marsellesa'

Stefan Zweig, en su obra *Momentos estelares de la humanidad*, dedica uno de esos momentos a *La Marsellesa*. Estamos en la noche del 25 de abril de 1792. Con el título "El genio de una noche", Zweig nos cuenta cómo en la excitación que sigue a la declaración de guerra que acaba de hacer el rey francés Luis XVI contra el emperador de Austria y el rey de Prusia pocos días antes, el alcalde de Estrasburgo, Friedrich Baron Dietrich, le encarga a un joven capitán llamado Rouget la composición de un canto de guerra para el ejército del Rin que al día siguiente partirá contra el enemigo. Esa noche nació lo que más tarde se convertiría en *La Marsellesa*, el himno de Francia.

Antes de continuar debo confesar que soy poco amante de himnos y banderas en general, pero entiendo que los pueblos necesiten de algunos símbolos que les recuerden todo aquello que tienen en común, unos valores, una historia, una cultura.

Reconozco que las imágenes mil veces mostradas de la evacuación del Stade de France en la que miles de personas, en un momento dramático, se pusieron a cantar la Marsellesa en el túnel de salida del estadio me emocionaron. Inmediatamente pensé que esa acción espontánea que representaba la unidad frente a la tragedia era imposible que se diera en cualquier lugar de España. ¡Y no sólo porque nuestro himno no tiene letra!

En Francia, todos los ciudadanos, sean de la ideología que sean, están educados en los "valores republicanos" que se resumen en las famosas "libertad, igualdad y fraternidad". Sienten lo público como propio. Hay un gran respeto por



aquello que representa a todos y por aquello que significa unión frente a las dificultades.

Más allá de la tragedia que representan los atentados del 13 de noviembre en París, que deben ser condenados sin paliativos, esta circunstancia nos debería hacer pensar en la situación actual de nuestro país, España. Y no hablo sólo de lo que se ha venido en llamar el "desafío independentista" en Catalunya.

En España no tenemos algo equiparable a los valores republicanos de los franceses. Es cierto que la mayoría nos sentimos orgullosos de una Transición democrática en la que los perdedores de la Guerra Civil fueron sin duda más generosos que aquellos que representaban al poder de una dictadura de 40 años que había sido trágica para la mayor parte de la población. Una Transición que alumbró una Constitución que permitía un sistema democrático equiparable al de otros países europeos a los que nos queríamos parecer y, también, un reconocimiento de la pluralidad territorial, cultural y lingüística de nuestro país.

Sin embargo, la apropiación por parte del franquismo de símbolos (himno y bandera) que deberían ha-

Una imagen como la de los aficionados franceses saliendo del estadio cantando de forma espontánea *La Marsellesa*, que representaba la unidad frente a la tragedia, sería imposible en España. ¡Y no sólo porque nuestro himno no tiene letra!

ber sido patrimonio de todos los españoles ha alejado a muchísimas personas, en todos los rincones de España, de ese bien común que debería representar nuestro proyecto colectivo.

Si a eso añadimos que en nuestra Constitución no quedan claros (no digo que no estén) esos valores compartidos por todo el mundo llegamos a la conclusión de que hay un déficit evidente de símbolos y elementos comunes que nos animen a continuar en un proyecto colectivo.

Es curioso recordar que incluso Europa, esa Europa tan plural, tan complicada, tiene unos valores compartidos por todos los Estados miembros: paz, progreso, democracia, sociedad del bienestar. Tiene una bandera respetada por todos, un lema, "unida en la diversidad", y un himno al que nadie silba, la novena de Beethoven.

Quizás es momento de plantear, en la futura e imprescindible reforma de la Constitución que tiene que traer una mejor democracia y la articulación federal de España, la adopción de unos nuevos símbolos comunes y compartidos por el conjunto de la ciudadanía. Que superen aquellos que representan, aún hoy para muchos, aquella España que bajo proclamas de unidad practicaba la división entre vencedores y vencidos. Nuevos símbolos que dejen atrás, de una vez por todas, la larga noche del franquismo y representen a la España moderna, democrática, unida en la diversidad y orgullosa y respetuosa con la pluralidad que, sin duda, es hoy nuestro país.

Quizás y solo quizás va siendo hora de encargar a un Rouget un nuevo himno y una bandera que realmente nos represente a todos. ●

**Miembro de la Ejecutiva Federal del PSOE*